

Democracia y Movimientos Sociales en el Fin de Siglo

María ■ Fernanda ■ Ramírez

Desde hace algunos años, el surgimiento de nuevos movimientos sociales ligados al medio ambiente, los derechos de la mujer, la paz y el desarme, al tiempo que reflejan formas renovadas de acción colectiva, están incidiendo en el orden político de las democracias occidentales. Para algunos, estos nuevos movimientos constituyen las luchas democráticas y sociales de la época, erigiéndose, quizás, como la única vía para resignificar la noción misma de democracia, tan resquebrajada y vaciada de sentido en este fin de siglo. Para

MARÍA FERNANDA RAMÍREZ BROUCHOUD.
Politóloga, Universidad de Buenos Aires. Especialista en planeación y administración del desarrollo regional, Universidad de los Andes. Profesora del Departamento de Humanidades, Universidad EAFIT.

otros, representan una seria amenaza al orden político de las sociedades capitalistas avanzadas, ya que, al propiciar formas de acción política no convencionales (por fuera de los canales institucionalizados de representación de intereses), conllevarían un alto potencial desestabilizador.

Más allá de esta discusión, interesa aquí examinar qué es lo nuevo de estos movimientos y qué los diferenciaría de los “viejos” o “clásicos”. Para comenzar, cabe precisar que se designan como movimientos sociales a aquellas formas de acción colectiva organizada que se materializan en “una colectividad de personas unidas por una creencia común (ideología), por la determinación de desafiar el orden existente en pos de los objetivos implícitos en esa creencia fuera de los cauces institucionalizados de intermediación de intereses”. (Dalton, 1992, p.274) Una vez definidos, se pueden establecer algunos elementos que marcan la diferencia entre “viejos” y “nuevos” movimientos sociales:

Los denominados “viejos” movimientos sociales surgieron al calor del desarrollo industrial capitalista, organizándose a partir de la articulación de intereses económicos y de redes sociales delimitadas. Es decir, se constituían en función de la representación de intereses específicos de un agregado social. La identidad de ese agregado social era dada por categorías pertenecientes a la estructura social, adquiriendo generalmente un carácter clasista (luchas obreras, movimientos campesinos). Por lo tanto, su accionar se concebía como producto del conflicto de clases inherente a toda sociedad capitalista y la significación de la lucha escapaba a la conciencia de los actores, siendo guiada por el *movimiento general de la Historia*. La finalidad

última perseguida por el movimiento consistía en el cambio global en la estructura de las relaciones sociales, mientras que la vía revolucionaria se vislumbraba como la única forma posible de resolución del conflicto.

En cambio, los llamados nuevos movimientos sociales suponen el paso de unas divisiones políticas basadas en grupos antagónicos a otras sustentadas en valores y temáticas, que determinan comunidades de ideas. Como ejemplo de estas formas renovadas de acción colectiva, que incorporan nuevos puntos de vista e intereses a las luchas sociales, se señala a los movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, antirracistas, antimilitaristas, por la defensa de derechos humanos, entre otros.

A diferencia de los clásicos, los nuevos movimientos sociales no plantean transformaciones revolucionarias, ni ataques contra el sistema, sino que apuntan sus reivindicaciones al ámbito de lo *postmaterial*, en la medida que realizan una crítica humanista a los valores predominantes de las sociedades industriales (productivismo, militarismo, patriarcalismo). Abogan por un cambio en los estilos de vida occidentales sustentados en el “ser” antes que en el “tener”, poniendo en tela de juicio la importancia dada al bienestar material y la riqueza (base de los modelos de desarrollo de las sociedades capitalistas avanzadas), e invitando a prestar mayor atención a la calidad de vida y a diversos aspectos culturales. Su ideario da cuenta de una demanda de participación en las decisiones políticas que afectan la vida personal, propendiendo por formas cooperativas de organización social y propiciando la conformación de grupos autogestionarios.

En términos ideológicos, carecen de una doctrina estricta y de una organización jerárquica, por eso se los denomina post-ideológicos. Otra característica definitoria de estos movimientos es que no plantean un cambio global de la sociedad, ni la revolución como vía resolutoria de los conflictos. Sus estrategias de resolución combinan acciones institucionalizadas y no institucionalizadas, presionando a las instancias decisorias del poder, influyendo a la opinión pública a través de los medios de comunicación y apelando al apoyo de la movilización popular. Siguiendo a Dalton, "La coexistencia de una crítica radical del orden existente, por un lado, y, por otro, de una integración de facto en la sociedad existente y en la arena política constituye un rasgo genuino de los nuevos movimientos." (Ibid, p.379)

Asimismo, en un fin de siglo donde la democracia liberal aparece más extendida que nunca antes, a la vez que –paradójicamente– su significado se desvanece, estarían operando como un mecanismo de relegitimación del sistema democrático, en la medida que sus críticas a las formas tradicionales de representación (partidos políticos, sindicatos) y su estilo político no convencional apelan a que la democracia se renueve, atienda a nuevos intereses y demandas ciudadanas, es decir, se haga realmente efectiva.

A modo ilustrativo, en varios países de Europa Occidental a fines de los ochenta, los socialdemócratas se quedaron sin un marco ideológico que diera respuestas convincentes a las demandas de la sociedad, mientras que los nuevos movimientos sociales lograron capitalizar cuestiones que escapaban a la política

socialdemócrata tradicional, como los derechos de los consumidores, derechos de los animales, asuntos ecológicos, etc., generando un no despreciable apoyo ciudadano. De cara a este proceso, algunos aseguraban que era el fiel reflejo de una sociedad crecientemente despolitizada, caracterizada por la pérdida de influencia de los partidos políticos y los gobiernos, mientras que otros comenzaron a verlo como una forma renovada de activismo político. En ese sentido es que Ulrich Beck plantea la emergencia de "la 'subpolítica' –la política que ha emigrado del parlamento hacia grupos de 'interés único' (*single issue*) en la sociedad–. Muchos de estos grupos, como Greenpeace u Oxfam, operan a una escala global" (Giddens, 1999, p.63). Siguiendo el análisis de este autor, es significativo el contraste actual entre el inmovilismo del aparato gubernamental con la movilidad de estos nuevos actores en distintos ámbitos de la sociedad y el declive de "la política" (tradicional) con la activación de la "subpolítica".

¿Qué están expresando estas nuevas formas de acción colectiva "modelo fin de siglo"? Básica y esencialmente, que los límites de lo político se han ampliado hasta incluir movimientos sociales que están influyendo activamente en las medidas que se adoptan en materia de medio ambiente, derechos de las mujeres y asuntos relativos a la paz y el desarme. Por otro lado, que el efecto innovador en las formas tradicionales de hacer política generado por estos movimientos, a largo plazo, puede redundar en un cambio en las estructuras corporativistas desde las cuales se concibe y desarrolla la práctica política en las democracias occidentales. Por lo tanto, en el nuevo milenio,

“Los gobiernos tendrán que estar dispuestos a aprender de ellos, reaccionar ante las cuestiones que susciten y negociar con ellos, como harán las grandes empresas y otros agentes económicos” (Ibid, p. 67).

BIBLIOGRAFÍA

Dalton, Robert y Kuechler, Manfred. (1992).

Los nuevos movimientos sociales, Valencia, Alfons El Magnanim.

Giddens, Anthony. (1999). *La tercera vía. La*

renovación de la socialdemocracia, Buenos Aires, Taurus.